

La trampa

Lo complicado es entender lo sencillas que son a veces las cosas y lo mucho que las complejizamos

Narok Ibarburu Ruiz, estudiante de primero de Periodismo en la EHU

Los días pasan como lo hacen los trenes que yo veo todos los días desde esta ventana. Me entretengo viendo cómo van acelerando, cogiendo esa velocidad que desde tan lejos se puede percibir. Yo estoy estático mientras esto ocurre. Me siento como un observador, uno que no se mueve, como sí lo hacen esas pesadas y errantes máquinas. Observo el mundo como esos que suben allá arriba en las montañas y miran hacia abajo; pero no con superioridad ni condescendencia, sino con inseguridad y lleno de incertidumbre, apenado, porque el frescor del aire no llega hasta este habitáculo. Me encuentro atrapado en mi propia trampa.

Ver la vida en tercera persona: así es como lo hago yo, como me siento yo, cual cámara de vigilancia, escrutando lo que a mi alrededor sucede; no como un invasor de intimidad, sino alguien que estudia y presta atención, un analista. Se queda con los pormenores, especula con el significado de lo que ve, en su entorno, las palabras que se pronuncian... En impersonal.

Es cansado y, además, pesado. Siento nerviosismo, como si cuando pienso en todo esto me sintiese mal; mal porque tengo que elegir adónde mirar, en qué quiero poner el foco, si en esa persona de ahí, esa palabra de ingobernable grafía en la esquina del corredor, en el autobús que pasa por allá, en las negras zapatillas de ese solitario muchacho, en el árbol tan grande, ese de allí, en el libro olvidado en el banco, en el inmaculado blanco de su camisa, en el azul de sus ojos, en el moreno de su pelo, en su nuevo teléfono, en la montura de sus gafas, en lo que está dibujando ese misterioso chico de rojo, en el perro que pasea junto a su dueño o en la dirección a la que mira la muchacha de cabello dorado, pues en la vida estamos obligados a elegir. Es una de las pocas cosas que no tienen elección.

Siento que a veces mi esfuerzo no vale la pena, impotente, pues es como si viera a alguien se escondiera entre los matorrales en un desierto sin vegetación, como si alguien brillara como una estrella con el sol como competencia, como si alguien contara todos los granos de arena de una playa entera, como corriese por todo el diámetro de la tierra... Sin esfuerzo. Parezco diminuto, ínfimo, imperceptible, mínimo, insignificante, irrisorio, minúsculo.

Solo tengo que hacer un movimiento para escapar de todo esto: salir, poner un pie fuera de este averno imaginario. En el exterior, todo es más simple de lo que parece. Todo funciona en armonía, sin impedimentos. Entender que el mundo es más sencillo es agradable y reconforta. Es un ejercicio que me gustaría hacer más veces, el ser consciente de la realidad con más frecuencia; pero qué difícil es, oiga.